

de las diferentes diócesis que acabamos de nombrar y sobre estos los de Novogorod y de Minsko; de todo lo cual debe deducirse que este concilio era muy numeroso. Aprobó y confirmó Benedicto XIII los decretos, el 29 de julio de 1724.

— El 1º de noviembre, procesion solemne en Marsella. Desolaba esta ciudad una espantosa peste. Una embarcacion que vino de las Escalas de Levante, habiendo llegado á la isla de If, el 25 de mayo, propagó en Francia este terrible azote. Manifestóse el mal á primeros de julio é hizo en breve tiempo rapidísimos progresos, invadiendo casi toda la Provenza. Aix y Aviñon experimentaron sus efectos, sin que se eximiese Mende de ellos. Mas donde se desarrolló la epidemia con mas furia fué sin disputa en Marsella. El calor excesivo que hace en esta ciudad en el verano, acrecentaba el furor del mal, y la mortandad hizo bien pronto estragos por todas partes. Aumentábase todos los dias el número de invadidos, no durando la enfermedad mas allá de veinte y cuatro horas. En esta desesperada situacion la piedad quedaba sofocada por el miedo, cada uno temia por sí, y harto afortunada fué la ciudad teniendo en su seno hombres intrépidos y caritativos, á quienes no arredraba el peligro que sabian arrostrar. Mientras que se apresuraban los unos á abandonar un suelo infecto y buscar en el campo cualquier abrigo, consagrábase otros á la salvacion de sus conciudadanos. Los miembros de la municipalidad no per-

donaron medio ni fatiga para llenar sus deberes y trabajaron sin tregua, tanto en la construccion de hospitales, como en el acopio de víveres; esmerándose, por ser lo mas urgente aunque lo mas penoso, en mandar dar sepultura á esa multitud de cadáveres que cubrian las plazas y las calles, exhalando una corrupcion insoportable, que aumentaba la virulencia del mal. Este fué el mas dificultoso de sus cuidados, y sin embargo lo llevaron á cabo con un valor heróico. Olvidáronse á la par á sí mismos muchos médicos y cirujanos para no pensar sino en los deberes de su estado. El clero sobre todo se mostró digno de su augusto ministerio. Los ministros de los parroquias y los religiosos rivalizaron en celo y sacrificios. Solícitos tanto en las casas particulares, como en los hospitales, llevaban á todos los enfermos los socorros de la religion, administrándoles en medio de la desolacion general los consuelos necesarios. Volaban de lecho en lecho, sitiando sin espanto estos mismos asilos sitiados por la peste¹. El obispo de Marsella, el señor de Belzunce, los sostenia con su ejemplo. Sordo á consejos tímidos, permaneció en medio de su grey, y llenaba las funciones de padre y de pas-

¹ En la *Historia de la regencia del duque de Orleans*, por Marmon-
tel, se da una relacion detallada de la peste de Marsella. Mas ¿quien
creerá que á despecho de todas las Memorias y relaciones de este
tiempo, no se menta ni en una sola cláusula el celo y sacrificios de
los eclesiásticos de esta grande ciudad? Esta afectada omision no
parece nada excusable. Trae ademas dicha relacion otros rasgos no
menos fuera de propósito.

tor, visitando á los enfermos, socorriendo á los pobres y dando pruebas del valor que inspira una heroica caridad. Él no sucumbió, pero mas de 250 ministros y religiosos fueron víctimas de su celo, la peste inmoló en la totalidad unas 50,000 almas. Prosiguió desarrollándose con igual furor, durante todo el mes de agosto y el de setiembre. Despues fué menguando por grados y no cesó hasta junio del año siguiente. Hallábase todavía en su *maximum*, cuando á 7 de setiembre, los consejales hicieron, en nombre de la ciudad y delante del obispo, el solemne voto de dotar un hospital para los huérfanos. El 1º de noviembre, día en que celebra la Iglesia la fiesta de todos los santos, el obispo Belzunce hizo una procesion solemne para aplacar la cólera de Dios; caminó con una cuerda al cuello, los pies desnudos, y una cruz en las manos, y celebró los santos misterios en un altar erigido en descubierto. Allí, despues de haber exhortado á su pueblo á que aplacase la ira del cielo con sus plegarias, consagró la ciudad al Corazon de Jesus, y desde entonces se obligaron los consejales, por una deliberacion, á oír todos los años la misa celebrada el día del Sagrado Corazon, á ofrecer en ella un hacha adornada con las armas de la ciudad, y á asistir por la tarde á una procesion general en accion de gracias por la estincion de la peste; ceremonia que fué por mucho tiempo observada con toda puntualidad, y que despues de haber sido interrumpida por la revolucion, acaba de restable-

cerse tal cual estaba antes. Hase elevado tambien en estos últimos tiempos un monumento en honor de los que en aquella ocasion rindieron sus servicios á la ciudad. Esprésase entre otros el nombre del piadoso obispo, el P. Milley, jesuita, muerto cuidando á los enfermos, y otros muchos imitadores de su celo. Tambien se hace mencion en el monumento de los socorros del Papa, el cual, á la noticia de la peste, ordenó plegarias en Roma para que Marsella quedase libre, y mandó á esta ciudad gratuitamente 350 cargas de trigo, para repartirlas entre los pobres.

— El 31 de diciembre, M. de Mezza-Barba, legado del Papa para las misiones orientales, tiene su primera audiencia del emperador de la China. El poco suceso de la mision del cardenal de Tournon determinó al Papa á tentar aun un esfuerzo. Decidióse á enviar un legado á la China, y eligió para esta importante comision á M. de Mezza-Barba, á quien dió el título de patriarca de Antioquía. Este prelado, que partió de Lisboa el 5 de marzo de 1720, abordó á Macao el 26 de setiembre siguiente. Allí relevó de las censuras á muchos jesuitas de quien el cardenal de Tournon habia tenido motivo de quejarse, y al obispo de Macao que tan mal se habia conducido con este desgraciado legado. M. de Mezza-Barba se contentó con hacer prestar el juramento prescrito por la bula *Ex illá die*, la cual estaba él encargado de hacer observar á los misioneros. El 7 de octubre se embarcó

para Canton, de donde pasó á la corte. En el camino sufrió disgustos que no hicieron augurar bien del suceso de su viage. Tuvo gran pena en obtener una audiencia del emperador : fuéle en fin concedida para el 31 de diciembre : presentó al príncipe el breve del Papa, y le pidió para los cristianos de sus Estados la permission de seguir el cristianismo en toda su pureza, y de observar lo que habia sido prescrito en Roma sobre las ceremonias contestadas. El emperador, prevenido, dicen, por los partidarios de estos usos, hizo muchas observaciones al legado, y le manifestó su admiracion de que el Papa pronunciase sobre los negocios de su Imperio. M. de Mezza-Barba respondió que el S. P. no pretendia entremeterse en el gobierno de los Chinos, pero que, en calidad de gefe de los cristianos tenia derecho de decidir lo que podia serles permitido ó no por su religion. El legado tuvo aun muchas audiencias, y ya se lisonjeaba de algun suceso, cuando el emperador pareció dispuesto á arrojar á todos los cristianos. El prelado le presentó una súplica para apaciguarlo, pero nada logró. Hiciéronle sufrir muchos disgustos, y arrestáronse muchos misioneros á su vista. En este apuro le aconsejaron rogase al emperador le permitiese volver á la Europa para informar al Papa de los hechos, prometiendo tambien no innovar cosa alguna, ni hacer ningun acto de jurisdiccion. Esta proposicion pacificó un poco al príncipe, quien, el 1º de marzo de 1721, dió una audiencia

al legado por última vez, y le remitió presentes para él, para el rey de Portugal, y para el Papa. M. de Mezza-Barba volvió pues á Macao, en donde se vió obligado á detenerse mas de seis meses. Empleó este tiempo en esforzarse á atraer al partido de la obediencia á los que no habian aun deferrido á la constitucion *Ex illá die*, y efectivamente ganó algunos. Estos pormenores son sacados de la relacion que dió de esta embajada un religioso servita que acompañaba al legado. En ella acusa fuertemente á los jesuitas, y les atribuye aun proposiciones y acciones poco creibles : pretende que ellos fueron los que indispusieron á Kam-Hi contra el legado, y los que impidieron el suceso de su mision. Como quiera que sea M. de Mezza-Barba dió el 4 de noviembre de 1721, pocos dias antes de dejar á Macao, un mandato dirigido á los misioneros para exhortarlos á observar las decisiones de la santa Sede, y á no abandonar bajo diversos pretextos las funciones á que se habian consagrado : pero al mismo tiempo modificaba la bula *Ex illá die* por ocho permissiones que concernian á los honores usados hácia Confucio, los ascendientes y sus tablillas. M. de Mezza-Barba se volvió en seguida á la Europa trayendo consigo al cuerpo del cardenal de Tournon para hacerle prestar los honores fúnebres en Roma. Su mandato no apaciguó las turbulencias, y vino á ser el objeto de nuevas discusiones, que no fueron terminadas hasta muchos años despues. Esta mision no obstante hubiera te-

nido necesidad mas que nunca de union y de concordia. El 20 de diciembre de 1722 murió Kam-Hi, emperador de la China : este habia mostrado casi siempre disposiciones favorables por el cristianismo : amigo de las ciencias y de las artes, habia acogido en su corte á los jesuitas que habian sido enviados de Europa en calidad de matemáticos, de astrónomos ó de artistas, y la proteccion que les acordaba habia sido mas de una vez util á la religion. Ellos habian obtenido edictos favorables, habian edificado una iglesia en Pekin en el recinto mismo del palacio imperial, y habian levantado otras muchas en diferentes provincias : el cristianismo se profesaba públicamente : los obispos y los otros misioneros eran reconocidos como tales : un gran número de paganos se convertian, y la fe hacia todos los dias nuevas conquistas. Estos felices progresos fueron desde luego suspendidos por el edicto de 1706, que ordenaba á todos los misioneros pasasen á la corte para obtener la permission de permanecer en la China, con condicion de no enseñar cosa alguna contra la doctrina de Confucio, ni contra los usos del Imperio. Cuarenta y siete misioneros, casi todos jesuitas como se sabe, se habian sometido á esta ley : no creyendo los demas poderlo hacer se habian mantenido mas ocultos, pero no habian cesado de permanecer en sus provincias tomando algunas precauciones, ni de cultivar en ellas su grey. Su residencia en la China chocaba aun á los enemigos del cristianismo, y el favor del

emperador no habia hecho, por decirlo así, sino aumentar el odio de los paganos contra la fe ó contra los que la predicaban. En 1711 un mandarin presentó á Kam-Hi un memorial para hacerle proscribir la religion cristiana. Esta tentativa no tuvo efecto por entonces : pero en 1717, sobre una nueva representacion de un mandarin pronunciaron los tribunales del Imperio sentencias nada favorables á los misioneros. Su rigor fué un poco moderado por el emperador, quien se contentó con una prohibicion general de abrazar nuestra religion. Sus sentimientos conocidos apenas permitian á los gobernadores de las provincias hacer mostrar sus disposiciones, ni tener recurso á las vejaciones, ni á la violencia. Pero pudo preverse desde entonces que las cosas mudarian de faz bajo otro príncipe : efectivamente Yong-Tching, cuarto hijo de Kam-Hi, apenas estuvo sobre el trono, dejó ver sentimientos bien diferentes de los de su padre. Los mandarines, que de mucho tiempo á esta parte veian con sentimiento los progresos del cristianismo, comprendieron que ellos serian apoyados y empezaron á encruelecerse. En la provincia de Fo-Kien fué en donde estalló la tempestad. Hicieronse pesquisas contra los cristianos, demoliéronse las iglesias, viéronse los misioneros obligados á mantenerse ocultos cuidadosamente. Al fin de 1723 se le hicieron al emperador dos representaciones para pedirle la destruccion del cristianismo : estas fueron apoyadas por el tribunal de ritos,

y el 11 de enero de 1724 Yong-Tching las aprobó, y ordenó que todos los Europeos fuesen conducidos á la corte ó á Macao. Los jesuitas que residian en Pekin en calidad de sabios se esforzaron en vano á evitar este golpe : casi por todas partes se apoderaron de las iglesias, las cuales fueron destruidas ó destinadas á usos profanos : arrestaron á muchos misioneros, los cuales fueron conducidos á Canton. Pero las vejaciones cayeron particularmente sobre una rama de la familia imperial compuesta casi toda de cristianos : irritado el emperador de ver á los príncipes de su sangre profesar un culto que él queria proscribir, los envió al destierro, los despojó de sus dignidades, y les hizo sufrir toda especie de malos tratamientos. Finalmente los pusieron en calabozos, en donde la mayor parte pereció sin que ninguno de los que se habian convertido en esta familia en extremo numerosa, hubiese procurado conservar la vida por medio de una vergonzosa defeccion. En 1732 veremos las consecuencias de esta persecucion.

1721.

— El 19 de marzo, Clemente XI muere de edad de 72 años en el 21 de su pontificado. Ya hemos visto cuan borrascosos fueron los años que este duró. Muchos escritores han ultrajado su memoria

y es de esperar que sus inectivas no puedan servir para fijar el juicio de la posteridad sobre este Papa. Clemente XI era estremadamente piadoso : cada dia celebraba los santos misterios, llevaba una vida sencilla y laboriosa, y distribuia limosnas abundantes : dejó en Roma fundaciones piadosas y establecimientos de caridad. Constantemente ocupado en los intereses de la Iglesia, se resentia vivamente de sus ventajas y pérdidas, constando su celo y solicitud en una multitud de breves y cartas. Por él fueron socorridos los cristianos de oriente, maltratados por los turcos. El primado de Armenia habia sido enviado á galeras en Constantinopla; el arzobispo de Filipos estuvo á pique de perecer en el tormento; el patriarca de Siria habia sido azotado y metido en un calabozo; el arzobispo de Beroe en fin, su compañero de infortunio, habia sucumbido estenuado en su carcel. Profundamente afectado el Papa de estas amargas noticias, empleó la mediacion de los príncipes católicos en favor de estos prelados, y de otros griegos unidos á la Iglesia romana. Mandóles tambien socorros en metálico y un visitador apostólico en Constantinopla encargado de reanimar el valor de los fieles. Hizo restablecer en Andrinopla una Iglesia para los católicos; obtuvo del rey de Persia mas libertad para los cristianos de sus Estados; y contribuyó á la ereccion de un seminario en el mediodia de la Rusia. Vésele incesantemente ocupado en escribir á los príncipes; tan pronto para inclinarlos á la paz, tan